



¿Confiamos en los expertos?

A medida que se amplía el acceso a la información, los expertos se hacen más indispensables que nunca

Nemat Shafik

“¿POR QUÉ NADIE SE PERCATÓ?” fue la célebre pregunta que la Reina Isabel II planteó en la Escuela de Economía de Londres en noviembre de 2008, justo después del estallido de la crisis financiera.

Ha pasado casi una década, y los expertos se enfrentan a la misma pregunta tras los sorprendentes acontecimientos de 2016: el voto del Reino Unido para abandonar la Unión Europea y la elección de Donald Trump como Presidente de Estados Unidos. La confianza en los economistas, los encuestadores y los expertos en general tambalea.

No es solo que los expertos se hayan equivocado; es que la tecnología erosionó el monopolio que

tenían sobre la opinión. Las redes sociales e Internet difunden información a todos los rincones sin participación de expertos; las noticias están adaptadas a intereses y preferencias individuales, y la gente es libre de elegir a quién seguir y en quién confiar.

¿Qué han hecho por nosotros?

En *La vida de Brian*, el film de Monty Python, un grupo denominado Frente Popular de Judea organiza un alzamiento en contra del Imperio Romano. Los ánimos se caldean y los rebeldes se enardecen hasta que su líder, Reg, grita: “¿Y qué nos han dado ellos [los romanos]?” Tras pensárselo, uno de los rebeldes se anima a responder que el acueducto ha sido útil y, uno por uno, los demás enumeran todos los inventos romanos que les han hecho la vida más fácil, hasta que Reg se ve obligado a preguntar: “Pero además del alcantarillado, la medicina, la educación, el vino, el orden público, el riego, las carreteras, la red de aguas y la salud pública, ¿qué han hecho nunca los romanos por nosotros?”

Nadie puede prescindir de los expertos. Nos han ayudado a combatir las enfermedades, reducir la pobreza y mejorar el bienestar. La gente vive hoy unos 20 años más que en 1950 gracias al agua potable, un mejor saneamiento ambiental y atención de la salud. El ingreso mundial promedio es más de 20 veces mayor gracias a la adopción de mejores políticas económicas, sobre todo en las economías en desarrollo. Para progresar, necesitamos expertos en quienes podamos depositar nuestra confianza.

Pero hoy los expertos no son los únicos poseedores del monopolio de la autoridad, como antes. La tecnología permite a la gente tener mayor acceso a la información, cambia la manera en que la recibe y afecta la formación de opinión. Según un informe del Instituto Reuters para el Estudio del Periodismo de la Universidad de Oxford, la mitad de las personas con acceso a Internet lee las noticias a través de las redes sociales, el doble de lo que ocurría en Estados Unidos en 2013.

La digitalización del conocimiento y su disponibilidad inmediata han hecho muchísimo por la democratización y la autonomía. Los pacientes llegan al consultorio armados de datos sobre su enfermedad y sobre las opciones de tratamiento. La sabiduría de las masas genera críticas de restaurantes, evalúa productos y servicios, y conduce

a replanteamientos de una variedad de temas. Los “me gusta”, los “no me gusta” y los millares de opiniones pueden construir confianza.

Pero no todo es bueno: la información difícil de verificar puede ser abrumadora; los algoritmos crean cajas de resonancia de personas con intereses afines que no consideran otras posiciones; las noticias falsas distorsionan la realidad; el anonimato otorga un poder susceptible de abuso y un mundo de mayores ingresos por clic recompensa al extremismo más estridente.

Los expertos, que sopesan datos y emiten juicios informados, son apenas una voz más en medio de esta cacofonía, y el lenguaje inaccesible que emplean es una sordina más. Los expertos se distinguen por sus credenciales, vocabulario especializado, control sobre las publicaciones académicas y su influencia sobre nuevos expertos en formación. Estas delimitaciones pueden restarles eficacia, sobre todo teniendo en cuenta cuántas alternativas existen. Una reciente publicación en el blog del personal del Banco de Inglaterra analizó la complejidad lingüística de las publicaciones de la institución y determinó que eran comprensibles para apenas una de cada cinco personas.

La confianza conforma un panorama que está cambiando en detrimento de los expertos. Según el Barómetro de la Confianza de Edelman para 2017, en dos tercios de los países analizados menos del 50% de la población encuestada confía en la conducta de las empresas tradicionales, el gobierno, los medios de comunicación y las organizaciones no gubernamentales. La gente ya no les tiene confianza. “Alguien parecido a mí” ofrece la misma credibilidad que un estudioso o un experto técnico, y mucha más que el presidente de una empresa o un funcionario público. La confianza se deposita ahora en parientes y amigos, como lo ponen crudamente de manifiesto las redes sociales.

Restablecer la confianza

La filósofa de Oxford Onora O’Neill sostiene que las sociedades pueden cultivar la confianza de dos maneras: mediante leyes, regulaciones o pautas normativas —a menudo acompañadas de la obligación de confirmar el cumplimiento— o mediante información que le permite a la gente evaluar la fiabilidad por sí misma. Ahora bien, ¿cómo restablecer la fiabilidad de los expertos?

Brevidad, pero sin alardes: Según Bertrand Russell: “El problema que aqueja al mundo es que los necios y los fanáticos siempre están seguros de sí mismos, mientras que los sabios están llenos de dudas”. Los expertos se preguntan no solo si sus modelos están bien calibrados, sino también si son los modelos adecuados. Esa franqueza en torno a la incertidumbre es lo que, con el correr del tiempo, forja la

credibilidad. Un buen ejemplo son los gráficos de abanico que produce el Banco de Inglaterra en sus pronósticos, también utilizados cada vez más por otros bancos centrales: en lugar de uno solo, muestran la amplia variedad de resultados que podría arrojar un determinado conjunto de circunstancias. Pero esa incertidumbre produce un mensaje más complejo y poco favorecedor en un mundo que exige brevedad. Es mucho más fácil —y eficaz— tuitear “el Banco de Inglaterra pronostica 2% de crecimiento” que “Si en 100 ocasiones imperaran circunstancias económicas idénticas a las actuales, el Comité de Política Monetaria se inclinaría colectivamente por considerar que la estimación madura del crecimiento del PIB se ubicaría por encima de 2% en 50 ocasiones y por debajo de 2% en 50 ocasiones”, aunque esa sería una descripción más exacta del verdadero significado del gráfico.

En resumen, para los expertos de hoy, la dificultad radica en comunicarse con brevedad, pero sin bravuconadas.

Prácticas óptimas en los medios de comunicación:

Dado el papel fundamental que desempeñan los medios de comunicación como mediadores de la opinión de los expertos en una democracia, es importante mantener estándares altos y buenas prácticas. Si bien esto se da en la mayor parte de los medios tradicionales de impresión y difusión, Internet ha transformado la economía del sector al crear una nueva generación de blogueros y pseudoperiodistas que a veces no respetan las normas de equidad, precisión y transparencia. Además, como consecuencia de la creciente importancia de las redes sociales en la difusión de noticias, es cada vez más difícil distinguir entre el periodismo legítimo y el falso. Todo esto podría explicar por qué los medios de comunicación tradicionales han perdido la confianza de su público en más de 80% de los países, según el Barómetro de la Confianza de Edelman para 2016.

El surgimiento de las notificaciones falsas y de la denominada “falsa equivalencia” —es decir, el hecho de concederles igual tiempo a fuentes creíbles y menos creíbles en nombre de un periodismo equilibrado— no ha hecho más que empeorar la situación. ¿Qué deben hacer los generadores de información y conocimiento para equilibrar la fiabilidad con la necesidad de presentar opiniones opuestas?

Las normas y los principios ampliamente aceptados en el mundo académico podrían adaptarse y aplicarse de forma más general a los centros de investigación, los sitios web y los medios de comunicación. Principios bien establecidos como la revisión por pares, la competencia para atraer fondos de investigación, la obligación de publicar datos y la transparencia en cuanto a conflictos de interés en las publicaciones rigen lo que se valora como aporte intelectual.

Por ejemplo, los centros de investigación, ¿deberían declarar abiertamente sus fuentes de financiamiento? Los periodistas y los blogueros, ¿deberían quedar expuestos si anuncian o reciclan falsedades o rumores? Las plataformas digitales, ¿deberían asumir más responsabilidad por el contenido como parte de su obligación de informar y proteger su propia marca?

Herramientas públicas para evaluar la fiabilidad: La ciudadanía debe poder distinguir entre lo verdadero y lo falso en medio del diluvio de información que recibe. El comercio digital lo hace posible a través de las críticas de otros consumidores, comentarios sobre la fiabilidad de otros evaluadores e indicadores como la puntualidad de las entregas.

Para los expertos de hoy, la dificultad radica en comunicarse con brevedad, pero sin alardes.

¿Y el mundo de las ideas? En algunos ámbitos, las instituciones tradicionales han evolucionado para satisfacer esa necesidad. Existen sitios web acreditados donde los pacientes pueden obtener información fidedigna que les evita tener que investigar numerosas fuentes. Los sitios web que comprueban la veracidad de las declaraciones de figuras públicas funcionan como las revisiones por pares en el mundo académico y brindan credibilidad a noticias y afirmaciones personales. Y el código de principios de la International Fact Checking Network vela por la transparencia libre de partidismos en cuanto a metodologías y fuentes de financiamiento y la corrección de errores cometidos sin mala fe.

Han nacido instituciones que pretenden recuperar la fiabilidad perdida. Por ejemplo, en el Reino Unido, la Banking Standards Board, que se concentra en normas de conducta para la banca, y la Fixed Income, Currencies, and Commodities Markets Standards Board, que fija la normativa de los mercados financieros mayoristas, fueron creadas tras los abusos escandalosos de la crisis financiera. Las escuelas y las universidades deben formar consumidores de información exigentes, y las campañas de concienciación pública pueden mejorar los medios de comunicación. En un mundo donde la información abunda, el futuro de la educación radica en enseñar a pensar con discernimiento y criterio para que los estudiantes se conviertan en ciudadanos bien informados.

Frontera entre tecnocracia y democracia: A medida que las decisiones se hacen cada vez más técnicas, expertos no electos se están adentrando —con enorme impacto

social— en esferas que antes eran competencia de funcionarios electos. Pueden surgir problemas cuando los expertos pretenden actuar como políticos, y viceversa. Es esencial que esos papeles estén claros, con una rendición de cuentas acorde. Si los expertos se pasan de la raya, menoscaban la credibilidad de sus conocimientos y su responsabilidad profesional. Los políticos que se pasan de la raya pueden terminar engañando al electorado cuyos intereses prometieron defender.

A las instituciones independientes como la función pública, los bancos centrales y las universidades les toca un papel especial como mediadores del conocimiento al servicio del interés público, pero la tecnocracia debe derivar su autoridad de la democracia. Los expertos deben comprometerse a rendir cuentas cuando se multiplican

las decisiones que requieren pericia técnica. Hay quien sostiene que las auditorías financieras, el control de la calidad de la investigación, los exámenes de procesos y cumplimiento, las evaluaciones de impacto ambiental, las oficinas de evaluación independiente y las pesquisas parlamentarias son actividades costosas, promueven la aversión al riesgo y desvían recursos de proyectos importantes. Pero no representa un precio alto por legitimar la pericia técnica en la toma de decisiones de una democracia.

Un futuro informado por el conocimiento

La aplicación del conocimiento y su acumulación a través de la educación y la divulgación mediante los medios de comunicación y las instituciones son elementos integrales del progreso de la humanidad. La cuestión no es cómo arreglárselas sin expertos, sino cómo asegurarse de que son confiables. La humildad y la franqueza en torno a los límites del saber, la comunicación clara, el rigor en la evaluación de ideas, las herramientas para ayudar al público a diferenciar entre conceptos y la verdadera capacidad para escuchar las opiniones ajenas son la respuesta.

Un mejor control de los límites entre expertos y políticos y una mayor rendición de cuentas contribuirán a mantener el equilibrio entre tecnocracia y democracia. Si lo logramos, nuestro futuro estará guiado por el conocimiento y el debate informado, no por la ignorancia y la estrechez de miras. **FD**

NEMAT SHAFIK es la nueva Directora de la Escuela de Economía de Londres.